

LAS DIVERSAS RESPONSABILIDADES EN LA CRISIS Y EL AUGE DEL POPULISMO

Junio 2017

Proliferan en los últimos tiempos análisis de la **Gran Crisis** de la economía mundial y de sus consecuencias, en especial el gran crecimiento de las desigualdades en los países occidentales, en los que se pone el énfasis en las responsabilidades del capitalismo y se pretende explicar el crecimiento del populismo en la izquierda como parte del desengaño con las políticas y las prácticas de los partidos socialdemócratas.

Esta línea de análisis entiende que el capitalismo en los últimos tiempos ha roto el pacto no sellado con el que se gestaron las políticas colaboradoras entre los sectores empresariales y diversos partidos (socialdemócratas, liberales, demócratacristianos...) tras la **Segunda Guerra Mundial**, políticas que hicieron posible la creación del *estado del bienestar* en los países europeos empobrecidos que salieron de ese conflicto. Esa ruptura habría dado origen al auge de las actuales corrientes populistas que se extienden por la mayor parte de los países desarrollados, con matices muy distintos pero que, desde la extrema derecha a su oponente en la izquierda, tienen en común actitudes como la animadversión de los segmentos más populares hacia las élites en general y la crítica hacia las versiones más ligeras de la socialdemocracia (en especial, la “*tercera vía*” que nació en el seno del **Partido Laborista** británico), a las que culpan de estar demasiado cerca de los poderes económicos y haber abandonado las políticas de izquierda.

Estas explicaciones han sido difundidas en libros como “*La nueva piel del capitalismo*” de **Antón Costas** (uno de los economistas españoles más influyentes y buen exponente del keynesianismo actual), “*La corrupción del capitalismo*” de **Guy Standing**, economista también y profesor de la Universidad de Londres, y bastantes otros, así como en artículos y ensayos de economistas, historiadores y politólogos, sin olvidar las tesis de líderes de partidos de diversos campos, procedencias y trayectorias, entre los que pueden incluirse los nuevos del socialismo británico, **Jeremy Corbyn**, del francés **Benoit Hamon**, críticos de éste como **Jean Luc Mélenchon**, e incluso el poco interesado en explicaciones ideológicas y renacido **Pedro Sánchez** del **PSOE**. Qué duda cabe que otros partidos o personalidades más radicales beben también de estas fuentes, aunque sus elaboraciones tengan resabios más de la vieja “*izquierda a la izquierda de la izquierda*” (la enfermedad infantil del comunismo, que dijo **Lenin**) y, desde luego, menos respeto por la historia de la construcción del *estado del bienestar* en **Europa**.

Puede ser un tanto simplista responder de manera conjunta a las muy diversas líneas de estos análisis pero las breves páginas de un artículo de opinión no permiten hacer otra cosa, así que allá me lanzo, asumiendo el riesgo y apelando a la comprensión de los críticos bien intencionados. Debo decir, en primer lugar, que no me siento muy lejano de algunas de esas reflexiones, en especial, de la que concluye que una de las consecuencias de la deriva actual del sistema económico es el **importante crecimiento de las desigualdades** o el **aumento de la pobreza entre algunos segmentos de trabajadores**, lo que viene a ser lo mismo que hablar de la **depauperación del trabajo** o de la **disminución de la participación de las rentas procedentes de esa actividad en la riqueza general**; creo que la simple revisión de los títulos de los artículos recogidos en esta web deja claro esto último. Pero, en segundo lugar, me parece que buena parte de otras consideraciones, como la responsabilidad de las vías más liberales de la socialdemocracia europea en los desastres de estos tiempos, no resisten mucho si a esos análisis se incorpora eso que en economía se llama “*el coste de oportunidad*” o, dicho en modo más habitual, las posibilidades que había en cada momento de hacer algo mejor de lo que se hacía.

Un poco de Historia

Pero antes hagamos algo de **Historia**. Cuándo entre los años 30 y 40 del siglo pasado empezaron a ganar espacio en distintos partidos socialdemócratas europeos las ideas que luego se plasmarían en las políticas con las que se crearon los estados de bienestar, las críticas que recibieron de los ortodoxos socialistas (entre ellos, los españoles) no fueron muy benévolas, llegando a acusar de traición al partido socialdemócrata alemán cuando, en **Bad Godesberg**, abandonó oficialmente el marxismo e inició una nueva era en el socialismo europeo. Así que, aunque años después algunos teóricos marxistas reconocieran los éxitos del *estado del bienestar* (y, con ello, de la colaboración de los partidos socialdemócratas, entre otros, con los sectores empresariales), cuando se sugiere que el capitalismo fue generalmente reconocido como benefactor de la ciudadanía europea (al aludir al mencionado pacto no sellado) me parece que no se está diciendo la verdad, al menos en lo tocante a los antecesores de la izquierda que hoy dice querer “reformularlo”. Más bien creo recordar que, entonces, muchos lo que se pretendían era destruirlo.

La misma creación de la **Unión Europea** (la “*Europa de los mercaderes*”, se decía despectivamente) no contó con el beneplácito de muchos de esos sectores, ni posteriormente lo fue su desarrollo, y hay que recordar que muchos de los que hoy la acusan de falta de impulso político se opusieron, en su momento, al proyecto de **Constitución Europea** que no pudo salir por, entre otras cosas, la oposición conjunta de la extrema derecha y la extrema izquierda, esta última por un supuesto déficit social, cuando entre sus novedosos aspectos estaba una “Carta Social” (modesta, sí, pero la que

se acordó por todos los países miembros) que hubiera dado apoyo formal a la extensión del *estado del bienestar* al conjunto de los países que entonces la formaban.

Por otro lado, al tiempo que, en los primeros años setenta, la crisis del petróleo pone las primeras dificultades a los países del *estado del bienestar* y se empiezan a plantear nuevas reformas para hacer sostenible las economías europeas, comienzan también a surtir efectos las transformaciones producidas en países como **Japón, Corea**, otros iberoamericanos (**Chile, México...**) o algunos de los descolonizados en los años 40, 50 y 60 que se suman al concierto económico mundial (**India, República Sudafricana...**), entrando en competencia con los países europeos que ya habían construido algo que se olvida demasiado pronto: unas sólidas estructuras sociales que tienen un gasto sin parangón en ninguna otra zona económica del mundo. Ese proceso de incorporación a la economía mundial de nuevos países se acelera tras el fracaso de la “*revolución cultural*” china (alabada por esas corrientes izquierdistas, como bien recordamos muchos en este país) y la irrupción de todo el sudeste asiático, especialmente en la producción industrial, *pone en solfa* los sistemas productivos europeos, sobre todo, los que más soportan los gastos sociales obtenidos de los beneficios empresariales y de los impuestos, que gravan de manera significativa a las clases medias y, de forma diferente según países, a las más pudientes.

La revolución neoliberal de **Reagan y Thatcher** de los años 80 empieza a hacer aflorar el resentimiento de los más pudientes y sostenedores del gasto que conllevan los estados del bienestar y la **Gran Crisis** de comienzos del nuevo siglo los de la clase media, auténtica pagana de los estropicios en países como **España**, en especial los segmentos juveniles, dadas las facilidades que los más pudientes encuentran para rebajar sus impuestos. La primera de esas etapas vio nacer bastantes populismos de derecha (aunque entonces no se le calificase así), como en los **Estados Unidos** y en **Reino Unido**; la segunda fue más fuente de los de izquierda (**España, Grecia, Italia...**). En medio, en otros países son las crecientes dificultades y la apertura a los migrantes los que los impulsan, sin que deba olvidarse que son los núcleos de mayor implantación del Partido Comunista francés los que nutren a los nacionalistas de derecha de Le Pen... Y, en otro plano y en clave española, hay que decir que los segmentos juveniles más afectados por la crisis sufren las consecuencias de unas políticas paternalistas que les han ahorrado los problemas y esfuerzos que afectaron a sus padres y abuelos en los años difíciles (la larga cuarentena dictatorial) que para muchos parecen olvidados, pese a que se sumaran a los aún más problemáticos, y trágicos, del primer tercio del siglo XX.

Olvidos y énfasis poco adecuados

Para concluir este esbozo histórico, no debe olvidarse que entre final del siglo pasado y los años que llevamos del actual se está desarrollando una transformación de las formas de producción anteriores como no ha habido nunca desde hace, al menos, siglo y

medio, y que esa revolución también tiene sus consecuencias sobre las formas de trabajo y, desde luego, **la forma de distribución de los beneficios del mismo**.

En los análisis que he mencionado al principio se alude muy poco a estos procesos, a su influencia en la pérdida de competitividad de los países europeos desarrollados y, por el contrario, se pone mucho énfasis en expresiones como “la generación joven actual es la primera que va a vivir peor que sus padres”, cuyo escaso rigor histórico queda de manifiesto solo con decir “*años cuarenta y cincuenta*”. Hay que recordar que algunos vienen (venimos) diciendo desde hace bastantes años que la crisis de **España** no es una cuestión coyuntural de más o menos envergadura, sino que hunde sus raíces en un sistema económico antiguo, muy cerrado a unos cuantos actores privilegiados, con escasa competencia y, por tanto, con escasa productividad, que es poco incentivador de la innovación, del esfuerzo, del conocimiento, de la capacidad de adaptación (esa que **Darwin** valora más que la inteligencia o el tamaño) y del reconocimiento del mérito de quiénes desempeñan bien sus tareas, que no da igualdad de oportunidades a todos los que demuestren capacidades y voluntad de trabajar...

A pesar de todo eso, los pensadores, economistas e historiadores que exponen las anteriores vías de análisis no se detienen en su consideración (algo que sí hace otro libro, “*España estancada*”, de **Carlos Sebastián**, otro reputado economista español que no ha tenido tanto eco como los anteriores). Por el contrario, somos demasiados los que, en cuanto se enuncian las dificultades del futuro, hablamos de inmediato de redistribución, pero no dedicamos ni un segundo a pensar que quiénes tienen que crear riqueza deben tener algún incentivo para hacerlo.

Se olvida, igualmente, que si avanza la globalización de la economía, lo lógico es que avance también la igualación entre las rentas de los países y, por consiguiente, la mejora de las rentas de los trabajadores de los países que se incorporan al desarrollo mundial. Cuando los empleos industriales de **los países europeos** o de los **Estados Unidos** son sustituidos por los de **Corea, China, la India, Vietnam, Sudáfrica, Brasil...** claro que no se hace con los mismos salarios que los de los trabajadores sustituidos, pero tampoco con los de los campesinos de esos países. El economista **Branko Milanovic** ha demostrado que los sueldos de los trabajadores industriales de los países desarrollados han sido los perjudicados en la Gran Crisis y también que entre los beneficiarios están los de los trabajadores industriales chinos, indios y de los países emergentes y el conjunto de esas sociedades, en las que el crecimiento de la clase media es muy importante.

Son estas las cuestiones sobre las que se asienta la teoría socialdemócrata de la “*tercera vía*”, que puede ponerse en cuestión, por supuesto, en su realización práctica en el **Reino Unido**, pero no hay que dejar de lado si se pretende alcanzar una **buena síntesis entre crecimiento económico y distribución justa de sus beneficios**. Y eso fue lo que se intentó (¡y se consiguió!) con los cambios de los partidos socialdemócratas europeos tras

la **Segunda Guerra Mundial**. ¿Hay alguna razón por la cual no podría tener los mismos efectos ahora?

Alternativas... y España

Es evidente, por otro lado, que las nuevas circunstancias (las posibilidades que se abren a nuevas formas de producción, las querellas que se plantean entre los trabajadores de países diferentes, la liviandad de algunas críticas contra quiénes se encuentran en medio del fuego graneado de los extremos...) son aprovechadas por el capitalismo más apegado a su antiguo status en su beneficio, pero no se vaya a pensar que la simple oposición (la *“política de la pancarta y la movilización”*, que dice un viejo cineasta europeo, quien la contrapone al *“hacer cosas”*) tiene alguna posibilidad de triunfar en el enfrentamiento social. Así que la colaboración, como en la época del nacimiento del *estado del bienestar* en **Europa**, se impone de nuevo como línea de acción si se quiere hacer alguna transformación efectiva en nuestras sociedades.

Eso no parecen comprenderlo muchos, que **ponen más énfasis en las críticas a quiénes se esfuerzan por mejorar poco a poco la situación que en crear las alternativas a las políticas ciertamente generadoras de más desigualdad**. Se ha dicho en otro artículo en esta web: cabría la posibilidad de crear nuevas estructuras empresariales (cooperativas, empresas con vocación de reparto de sus beneficios más equitativo y justo...) pero nada de eso se encuentra entre tanta literatura. Mucho menos, por aterrizar en este país y en la actualidad, en las cinco horas que tuvieron los dos máximos responsables de la *“izquierda-izquierda”* española para hablar en los fuegos artificiales de la reciente moción de censura. Ni tampoco se dijo una palabra de los retos que se plantean a una sociedad española sin educación digital, con mala preparación incluso entre la inmensa población universitaria (después de tantos recursos como se han destinado a ese segmento de la educación), ni de cómo hacer que el emprendimiento sea una opción más apetecible para esos jóvenes, ni de qué hacer para que los trabajadores autónomos tengan un marco de actuación más capaz de mejorar su status, ni de cómo eliminar los incentivos para que la empresa española siga siendo pequeña y escasamente útil para la transformación del sistema productivo que necesitamos.

Así que, me parece a mí, **no es el capitalismo el único culpable del crecimiento de los desigualdades**, sino también la ceguera de muchos líderes, políticos y de opinión, de la izquierda que, en vez de analizar de verdad lo que está ocurriendo en la economía mundial y buscar **cómo adaptarnos mejor a esa evolución**, se entretienen en extender entre quiénes le siguen actitudes que en nada les van a servir para mejorar su posicionamiento personal ante las exigencias que se van a demandar en el futuro y, en el escenario de la disputa partidista, atacar a los que más cerca tienen, poniendo así barreras a un posible entendimiento o, al menos, a algún nivel de colaboración posterior. **Responsables tal vez no por hacer algo sino por omisión**, por actuar de tal forma que se

impida a otros poner en marcha pequeñas acciones que ayuden a mejorar la situación de quiénes lo están pasando peor. Responsables de crear, con sus análisis, el caldo de cultivo ideal donde nazcan, crezcan y se difundan ideas que asienten estados de opinión que en nada favorecen la toma de decisiones racionales y no influidas por sentimientos de rencor y odio, más aptas para provocar la frustración entre quiénes las asumen que en acciones que modifiquen la realidad.

Por decirlo en términos muy de actualidad: ¿cómo puede pedir un dirigente político colaboración a otro grupo mientras critica a una buena parte de los que lo componen? Y si además desprecia a los reformistas de centro y a todos los que consideran que su populismo no va a ningún lado ¿es ese dirigente el más apto para dirigir los destinos de un país hacia el futuro? **¿No será mejor que hacia donde se pretende ir es hacia el enfrentamiento social**, a volver al pasado que tanto nos hemos esforzado en los últimos decenios por desterrar?

MARTIN RÍSQUEZ